

entre las variedades y las razas, y aún entre las razas secundarias y menos caracterizadas, y las primarias y perfectamente deslindadas, que entre éstas y las especies afines; y entre estas especies afines, recientes y pobres en razas, y las antiguas, muy diferenciadas y desmembradas, que entre éstas y los géneros; y así sucesivamente.

En resumen: las diferencias entre razas y especies son puramente de grado y no de naturaleza; y si las últimas ordinariamente difieren algo más entre sí, ó están más perfectamente deslindadas, y conservan mejor sus caracteres; también los grandes cambios climatológicos que intervinieron en su formación fueron mucho más enérgicos que los que á nuestra vista originan á las razas; y también, como más antiguas que éstas, pudieron fijarse y consolidarse mejor, durante largas series de generaciones. Si, pues, las razas son mudables, las especies deben serlo de suyo también, y lo son en realidad; y teniendo unas y otras la misma condición esencial, deben tener un mismo origen, el cual no puede ser otro que la *evolución*.



CAPÍTULO V

El transformismo verdad.

§ I. Las afirmaciones de la fijeza, deben comprobarse con innumerables hechos, y se desmienten con uno solo. El transformismo comprobado: este puede demostrarse con un solo hecho ó con la negación del sistema contrario.

Hemos visto á qué se reduce el tan ponderado criterio de los cruzamientos, base fundamental de la teoría de la fijeza. Para defenderlo, es necesario partir de una petición de principio; ocultar ó desfigurar los hechos más claros; y por fin dar importancia inmensa á los que parecen favorables, y generalizarlos por muy insignificantes é inciertos, por muy excepcionales que sean.

El sistema que defienden los adversarios es de suyo de carácter absoluto, que no puede tolerar ninguna excepción que no admita *más ni menos*; si tolera excepciones, si tiene algo de relativo, resulta por lo mismo falso, y prueba la verdad del nuestro.—Defienden la inmutabilidad y la realidad

de la especie; dicen que las especies están en la naturaleza perfectamente deslindadas, separadas por barreras infranqueables, y que por lo mismo ha de ser imposible la fusión de dos tipos específicos.

Y todo esto es hipotético, y más se funda en prevenciones inveteradas que en razones sólidas. Para ser tenido por cierto, necesitaba fundarse en un cúmulo inmenso de datos positivos y seguros, en numerosos hechos contundentes, innegables, todos generales, todos constantes. De otra manera, aun cuando no se pudiera aducir ningún hecho en contra, siempre permanecería incierto.—Que le faltan esos datos, los mismos partidarios del sistema lo reconocen.

Pero demos que tuviera en su favor todos los datos posibles; que si acertaba á tener en contra *uno solo*, del todo positivo y seguro, este solo bastaría para echar por tierra todo el sistema y poner en su lugar el opuesto. Si hay una sola especie que *mude*, cae por tierra la inmutabilidad de la especie, con todas sus consecuencias; si hay una especie de suyo *más ó menos* convencional, cae por tierra la realidad de los tipos específicos; si no hay modo de separar con limpieza *dos especies* vecinas, no es cierto que las especies están perfectamente deslindadas; si de cualquier manera se logra traspasar los límites de una especie, no es exacto que las especies están separadas por vallas infranqueables; si de la unión de dos especies legítimas puede resultar un *ser nuevo*, es evidente que puede haber fusión de dos tipos específicos, que, por lo mismo, se franquean las fronteras de las especies, que éstas no se hallan bien deslindadas, que no tienen una realidad del todo distinta é independiente, y que pueden, en una palabra, transformarse en todo rigor.

De cualquiera de los mencionados hechos, pueden deducirse todas esas consecuencias; cualquiera bastaba para desmentir de lleno todas y cada una de las proposiciones contradictorias, tan categóricas y absolutas.

Ahora bien, de todo cuanto hasta aquí dejamos expuesto, se colige con evidencia, no ya que se dé un ejemplo aislado de uno solo de los mencionados hechos, sino también que existen ejemplos abundantísimos de todos y de cada uno de ellos. Hemos consignado muchos, y podíamos consignar

muchos más; y la mayor parte de esos ejemplos son tan patentes, que nuestros mismos adversarios se ven en la precisión de reconocerlos y admitirlos. Si, pues, uno solo, claro y notorio, bastaba para echar por tierra la hipótesis de la fijeza y demostrar la verdad del transformismo, ¿qué sucederá cuando tenemos tantos? El triunfo del transformismo, pues, parece indudable.

¿Qué triunfo es ese, preguntará ahora alguno, cuando es evidente que en el transformismo caben tantas exageraciones del todo inverosímiles, tantos absurdos patentes, de que sus adversarios lo convencen á cada paso?

Esta pregunta, si no la viéramos tan repetida, no la juzgaríamos digna ni de la más breve respuesta. ¿Por ventura es responsable el transformismo de las exageraciones en que se obstinan en incurrir algunos que se dicen sus partidarios? (1) Antes esto mismo aboga en cierta manera por él. Quien comercia con errores, necesita poner buen cuidado en encubrirlos con verdades; y pues los más crasos errores de nuestros días suelen andar encubiertos y disfrazados bajo la capa del transformismo, bien puede inferirse que en ese sistema hay mucho de verdadero.

El transformismo de suyo entraña un concepto muy vago; á diferencia del sistema opuesto, es y debe ser puramente relativo; y en cuanto tal, es ríguosamente cierto. Si entrañara ideas generales y absolutas, si defendiera precisamente las proposiciones *contrarias* de las que defiende la fijeza, podría ser, y sería de seguro, tan falso como ese sistema. Dos proposiciones *contrarias* no pueden ser nunca á la vez verdaderas, pero una y otra pueden ser, y son muchas veces, falsas. Si defendiéramos que *todas las especies son mudables*, que puede haber transformación á lo largo de las dos escalas animal y vegetal; bastaría una sola excepción para desbaratar semejante sistema. Este transformismo tan absoluto y exagerado, completamente desmentido por los hechos, es el que logran confundir los antitransformistas; pero de ahí no pueden deducir nada en su favor, ni probar

(1) V. Jean d'Estienne, *Le Transformisme et la discussion libre*, Rev. des quest. scient., Abril, 1889, p. 380.

la falsedad de un transformismo relativo. Si de la falsedad de una proposición quieren deducir la verdad de su *contraria*, infringen las leyes de la lógica. Y de hecho las infringen cuando de la falsedad de un transformismo absoluto infieren, con tan lastimosa frecuencia, las afirmaciones absolutas de la fijeza.

Estas han quedado plenamente desmentidas; de donde resulta la verdad, no de sus *contrarias*, sino de sus *contradictorias*. Dos proposiciones contradictorias no pueden ser ni ambas verdaderas, ni ambas falsas; si consta que una de ellas es falsa, la otra resulta rigurosamente cierta. Siendo falsas las afirmaciones universales, absolutas y categóricas de los creacionistas; no pudiendo sostenerse que *todas las especies sean inmutables, que ningún tipo específico se pueda fundir con otro; resulta claro que algunas especies son capaces de modificarse ó transformarse, y que algunos tipos pueden fundirse*. Viceversa, demostrada directamente la verdad de estas proposiciones, queda, sin más, demostrada la falsedad de las contradictorias. Y la verdad de esas proposiciones particulares es lo que hemos procurado demostrar, porque tales proposiciones con facilidad se demuestran experimentalmente: un solo hecho basta para evidenciarlas. Un solo hecho de fusión de tipos, ó de mutación de especies, nos autoriza para sostener que hay *algunas especies mudables y algunos tipos específicos fusibles*, y para desmentir la absoluta inmutabilidad é infusibilidad de las especies. Ahora bien, esas palabras *alguno, algunos* son puramente relativas, pueden abarcar *más y menos*; y para ser del todo ciertas no deben *suponer* más que lo que permiten los hechos con que se comprueban. Por otra parte, son rigurosamente transformistas; de donde se sigue que la verdad está de parte del transformismo, y nó de la de sus adversarios. Mas ese sistema, en tanto es legítimo, en cuanto se atiene á las palabras *alguno, algunos*, en cuanto se mantiene en los límites de lo relativo; y en tanto es cierto en todo, en cuanto se atiene exclusivamente á los hechos. Si generaliza, si da á los hechos más extensión de la que realmente tienen, entonces se expone á incurrir en muchos yerros.

Nosotros, pues, nos contentamos con mantener la verdad

de un transformismo puramente relativo, y éste, tal cual los hechos lo permitan ó establezcan; si damos un paso más, procederemos sólo por conjeturas, siendo los primeros en reconocer lo inseguro del terreno que entonces pisamos; y así estaremos libres de abrazar como verdad lo que al fin pueda resultar un error.

§ II. Absurdos del transformismo avanzado. Él es el mayor enemigo del legítimo y verdadero. Deserción que se merecen sus fogosos partidarios.

Acabamos de ver que el transformismo, mientras hoy por hoy más moderado sea, más garantías tendrá de hallarse en todo conforme con la verdad. Los ultra evolucionistas se condenan por sí mismos; prosiguen una quimera vana que se desvanece cuando se la mira de cerca, dejándose llevar, no de la razón, sino en alas de la fantasía, para defender, no la verdad, sino lo que los halaga.

Defienden un sistema tan denigrante como fantástico, cuya falsedad está plenamente comprobada. Así, lejos de favorecer en nada al transformismo, son en realidad sus enemigos más capitales; pues á ellos, más que á nadie, se debe el que un sistema tan seguro, tan brillante y luminoso, no haya sido ya abrazado por todos los hombres de buena voluntad. Ellos, con sus palmarias exageraciones, con sus extravagantes é inconcebibles absurdos, no han hecho más que excitar la risa ó la burla de los adversarios y la compasión de toda persona sensata, cediendo así, como suele acaecer siempre, en desprestigio de un sistema tan glorioso, la ignominia que es debida sólo á sus malos partidarios (1).

(1) Hasta el mismo E. Claparède, á pesar de ser tan fogoso transformista, se vió precisado á exclamar (*La Select. nat. en Revue scient.*, 1870, p. 565): "Los verdaderos enemigos de la teoría de la selección natural no son ya los de otro tiempo. Esta teoría no tiene tanta necesidad de defenderse de sus adversarios directos, cuanta de andar alerta con las exageraciones de sus partidarios...— A éstos les llama *Les enfants terribles de la doctrine darwinienne*.

Y un antitransformista como Quatrefages reconoce (*Les Emules de Darwin*,

Un transformista que se declara avanzado, por el mismo hecho ha perdido ya todo crédito. Puesto que no se deja llevar del puro amor á la verdad, que es siempre fiel, siempre sincero, siempre imparcial y moderado; sino del violento espíritu de partido, que es siempre ciego ó astuto; se encaminará al fin, sin reparar en los medios, y tendrá por muy legítimo todo lo que contribuya á hacer triunfar su opinión. Los hechos los mirará únicamente por el lado más favorable; los muy perjudiciales los oculta ó desfigura; los que lo son poco, los expone á su manera para refutarlos después con ventaja, y poder entre tanto gloriarse de fingida imparcialidad; y los favorables, los exagera, y aunque sean aislados los reviste de generalidad absoluta (1).

tomo II, p. 54) que quien más ha comprometido al transformismo ha sido Hæckel, con sus exageraciones.

(1) Es sobre todo muy digno de tenerse en cuenta, lo que escribe el célebre Vogt, comparando los delirios y visiones del gran Quijote del *monismo*, con la prudente reserva y circunspección de Quatrefores. He aquí algunas de sus palabras que valen por todo un libro:

«Si Quatrefores, con modestia excesiva, dice: *Nada es*, Hæckel, por el contrario, lo sabe todo. Para él nada hay obscuro; todo está comprobado de una manera evidente. Desde la mónica amorfa hasta el hombre que habla, todas las etapas están determinadas por inducción y distribuidas en veinte ó veintidos fases, clasificadas en las épocas geológicas correspondientes. Nada falta allí. Desgraciadamente, ese árbol genealógico, tan completo, tan bien ordenado, tiene un sólo defectillo, parecido al del caballo de Roldán: le falta por completo la realidad, así como faltaba la vida al caballo del paladín. Todos los grados de la escala zoológica están constituidos por seres imaginarios, de los cuales no se han encontrado jamás ni vestigios siquiera, pero que, á pesar de esto, deben considerarse como enteramente reales. Si no han sido hallados todavía, se hallarán más tarde, ó bien eran seres que no podían conservarse en las capas de la tierra.»

C. Vogt, *L'Origine de l'homme*, en la *Revue scientifique*, 5 de Mayo de 1877, página 1058. V. Id., *Ibid.* 12 de Mayo, donde se hallará una refutación directa de las fantasmagorías de Hæckel en su árbol genealógico, p. 1083 y sig.

Ch. Robin dice que no vé en la filogénesis de Hæckel nada más que una «acumulación poética de probabilidades sin pruebas, y explicaciones seductoras sin demostración». V. *Dictionn. encycl. des scienc. méd.* t. XVII, 1882, p. 524 y siguientes.

Véase también á Vacherot, *Revue des Deux-Mondes*, 15, Dbre. 1878. El mismo Huxley, á pesar de ser tan amigo de Hæckel, se creyó en la precisión de refutar (*Problèmes de Géol. et de Paléont.*, p. 116 y sigs.) la fantástica y ridícula teoría hæckeliana de los *ante-periodos*.

Nada extraño que otro autor tan poco sospechoso como Du Bois-Reymond

Esto hemos visto que sabían hacerlo aun personas muy imparciales y sensatas, cuando una inveterada prevención les hacía tener por cierta y legítima una mala causa. Pero lo hacen de manera más lastimosa los que se guían, no ya de

haya dicho (*Darwin versus Galvani*, Berlín, 1876, p. 15) que «los árboles genealógicos de la filogenia hæckeliana tienen poco más ó menos el mismo valor que el que á los ojos de la crítica histórica merecen los de los héroes homéricos.»

Y el mismo Hæckel (*Naturliche Schöpfungsg.* 7.^a ed. p. XXIV) se ve precisado á decir: «El edificio de la filogenia, edificado sobre hipótesis, debe permanecer siempre, en conformidad con la naturaleza de las cosas, incompleto, lleno de vacíos, en parte incierto y vacilante.»—Pero, como añade su digno discípulo Schmidt (*Descendants*, p. VII, VIII): «Las lagunas y errores que hay en ese sistema no impiden que sea plenamente verdadero y necesario.»—V. J. d'Estienne, *Le Transf. et la desc. libér., R. des Quest. scient.*, Enero, 1889, p. 99 y sig.

Así, bien podemos decir con Semper (*El hæckelismo en la zoología*, Hamburgo, 1876, p. 27): «Cuando se comparan las diferentes obras de Hæckel, es interesante advertir como con cada volumen todo su edificio doctrinal parece volverse más completo, redondeado y seguro. Pero cuando se sabe, como debe saberlo el zoólogo de profesión, que su sistema carece efectivamente de toda base sólida, se colige inmediatamente que el hæckelismo no propone tesis falsas ó gratuitas, sino porque el edificio, construido sobre hipótesis y dogmas, las requiere tan naturalmente como la casa pide hombres que la habiten.»

Desgraciadamente, escribe á su vez el P. Pesch (*Arcanos* t. II, p. 221) los hechos se niegan á encajarse en la teoría preconcebida (la *ley biogénica fundamental* de Hæckel). Porque el paralelismo de las dos series de evolución, no sólo es interrumpido por lagunas imposibles de llenar, sino que se encuentran también en la evolución embrional las formas más aberrantes y del todo inencontrables con la teoría. Pero como arquitecto hábil que es, el Sr. Hæckel sabe ingeniar para ver de salirse con la suya. Para llenar las lagunas, Hæckel *dicurre* formas de las que *no se halla el menor vestigio* en la naturaleza misma, entre otras la famosa *gastrea*; y por lo que hace á las desviaciones inexplicables, Hæckel dice que la naturaleza ha *adulterado* la evolución embrional, y esto en tantos casos que todo ello se compone de una evolución-resúmen (palingénesis), y una *adulterada* (cenogénesis). Así está provisto para cuantos casos ocurran.»

Y en efecto; qué dificultad habrá que no pueda explicarse con semejantes recursos? Pero como observa oportunamente Semper (*Luz. cit.*, p. 35) acerca de tan prodigioso como peregrino método: «Yaya una manera de orillar dificultades, diciendo que una larva nació de otra, gracias á que la naturaleza adulteró su modo normal de desarrollarse! De esta manera *todo* puede demostrarse, y naturalmente también lo contrario de lo que Hæckel pretende haber demostrado con sus *adulteraciones*.»

Tan acostumbrado está Hæckel á esas *invenciones*, *abreviaciones* y *adulteraciones*, que cuando en la naturaleza no encuentra lo que desea, lo *inventa* con todo candor; cuando halla dificultades, las oculta ó las pasa por alto, no reparando en cualquier medio para llegar *brevemente* al fin que se ha propuesto,

una prevención involuntaria, sino de una pasión tan fogosa y violenta, como libre, ó libertinamente, procurada y excitada. Si los más venerables partidarios de la fijeza, por defenderla con tan excesivo ardor, incurren en tales inconsecuencias,

o sea valiéndose, para representar cosas muy distintas que quiere vender por semejantes, de un mismo grabado, bautizado con distintos nombres; y cuando encuentra lo contrario de lo que pretende, entonces no repara en *adulterarlo* todo: "Las láminas con que Haeckel representó los diferentes embriones (y entre ellos el humano) para hacer sensible y como palpable su semejanza, escribe Vigouroux (*Les Livres saints*, t. III, 3.^a ed., p. 329), parecieron en un principio como un argumento triunfante en favor de su tesis...; pero está hoy averiguado en Alemania que esos dibujos son una *falsificación* de las figuras de los señores Hist y Semper. Ese parecido tan sorprendente es, pues, en realidad el resultado de un fraude..."

"Haeckel, añade el P. Pesch (*Lug. cit.*, p. 222) ha tenido el valor de servirse de grabados incorrectos para hacer plausible su ontogénesis al público. Su colega His se ha tomado la molestia de descubrir las *falsificaciones* hechas por este autor en la *Historia natural de la Creación*.—Haeckel nos ha propinado tres *clisés*, que no eran más que uno en la madera, bajo tres distintos títulos...—(*La forma de nuestro cuerpo y el problema fisiológico de su origen*, Leipzig, 1875 página 169).—Respecto de la *Antropología*, dice el citado sabio: "No vacilo en afirmar que esos diseños, en cuanto se trata de originales de Haeckel, son, ó *sumamente incorrectos*, ó simplemente *inventados*." (*Lug. cit.*, p. 170). El cate-drático Semper añade á estas palabras: "Por mi parte, podría aumentar con una buena cantidad los ejemplos presentados por His." (*El haeckelismo*, p. 35).—V. Vigouroux, *Lug. cit.*, nota; J. d'Estienne, *Lug. cit.*, p. 401.

¿Quién será, pues, el que *adultera*, la naturaleza ó Haeckel?—En vista de esto, escribe el Dr. Jousset, (*Evol. et. transf.*, p. 113) el Sr. Haeckel *miente por las necesidades de la causa*: nosotros le preguntaremos si esto es materialismo científico ó materialismo moral.—Véase en el mismo Haeckel, (*Hist. de la Créat. nat.*, p. 28) la manera extraña y aun ridícula como pretende evadir la acusación de materialismo moral, echándolo en cara nada menos que á los *principes de la Iglesia*.

Fué preciso que el mismo Vogt se encargara, con su sátira punzante, de herir de muerte tan injustificables arbitrariedades é inauditas ridiculeces: "Desde que un fenómeno cualquiera, escribe (*L'origine de l'homme*, en la *Revue scient.* 1877, p. 1056 y sig.) no cuadra con los diseños preconcebidos, se le acusa de falsificado y se pasa á otro... ¿Es posible que se hable de falsificaciones, de procedimientos cenogénéticos, y que según el capricho se haga una elección entre los diferentes fenómenos de la ontogénesis, para decir éste es bueno, aquél está falsificado?... A considerar las cosas desde el punto de vista del mismo Haeckel, no habría ni una ontogénesis, ni una filogenia que no estuviese falsificada de cabo á cabo..."

"Se declara falsificado lo que no cuadra con un plan levantado de antemano, y así se llega á árboles genealógicos que se parecen hasta confundirse con ellos,

como hemos visto ya; ¿qué se podrá esperar de esos transformistas á *outrance*, que sin ninguna prevención innata, y sin ninguna razón siquiera aparente, antes contra toda razón y contra los más vivos sentimientos de toda la humanidad, se declaran transformistas, sólo para sustituir el Evangelio de Cristo, por lo que no sin razón llaman el *Evangelio del hombre-bestia?* (1).

á los tejos tan caprichosamente tallados, entre los cuales adornarían los jardines. *El Nuevo* y sus sucesores. Tomando cierta dosis de herencia, otro tanto de adaptación, una pizca de falsificación; y añadiendo como almibar, algunas nociones bien rebuscadas sobre el monismo filosófico y la ley biogénética fundamental, se podrá siempre componer un bálsamo á propósito para curar las llagas abiertas de la filogenia...—Y en otro lugar, (*Quelques hérésies darwinistes*, en la *R. scient.*, 1887, p. 485): "Se habla de *cenogénesis* ó embriogénesis falsificada! ¡Pobre lógica, como se la tortura! ¡La naturaleza desnaturalizando su propio plan, introduciendo en él elementos heterogéneos, que alteran la homogeneidad de la ley biogénética!... ¡Maldito embrión, que desobedece á la ley dada por un príncipe de la ciencia; vamos á estigmatizarle como falsario!"

(1) "La primera obra de Haeckel sobre estas cuestiones, es decir, la *Morfología general de los organismos*, escribe Quatrefages (*Les Émules de Darwin*, tomo II, p. 91) fué llamada en Alemania la *Biblia del darwinismo* (V. Claparede, *La sélection naturelle*, *Revue scient.*, 1870, p. 564); *La creación natural* ha sido aclamada como su *Fuergello*. Poner en duda las aplicaciones que el autor ahí hace de la filosofía monística, las leyes que establece, las conclusiones que deduce, sobre todo relativamente al origen del hombre, es, como acabamos de ver, ponerse en peligro de ser excomulgado. Para Haeckel y para su escuela, esos son una especie de dogmas á los cuales no es lícito tocar. Pero Vogt ha mostrado muy bien cual es el valor de los dogmas en la ciencia..."

"Gracias á la intervención de la filosofía; añade (*Id. Ibid.*, p. 90) con la cual ha hecho solidaria la doctrina en un principio exclusivamente científica de Darwin, el profesor de Jena y sus discípulos forman una verdadera secta, tan intolerante y tan exclusiva como cualquier secta religiosa... Hablando de la materia, de la fuerza y de la conciencia, Dubois-Reymond se había tomado la libertad de decir (*Congreso de Munich*, 1877): *Ignorabimus*. He aquí en qué términos le responde Haeckel: "Este *ignorabimus*, tan humilde en apariencia y tan presuntuoso en el fondo, no es en realidad sino el mismo *ignoratis* del Vaticano infalible y de la *negra internacional* que dirige, de esa falange contra la cual la civilización moderna ha logrado por fin ganar la primera lucha seria. En esta guerra intelectual que agita á todo hombre que piensa y que prepara en lo porvenir una sociedad verdaderamente humana, se ve por una parte, bajo la brillante bandera de la ciencia, la liberación del espíritu y la verdad, la razón y la civilización, el desarrollo y el progreso; en el otro campo se colocan, bajo el estandarte de la jerarquía, la servidumbre intelectual y el error, el ilogismo y la rudeza de costumbres, la superstición y la decadencia." (Haeckel, *Anthropogenie*, *Préface*, p. 22).

Sobre este pasaje, á pesar de considerarlo como uno de los más moderados,

§ III. El nuevo evangelio del «hombre-bestia».—Cultura de sus fieles prácticos. La lógica de conveniencia.

Nos bastaría leer sólo dos páginas de los más famosos representantes de la culta sociedad de los *hombres-bestias* (1), para ver cómo abrazan las ideas más contradictorias, cómo defienden en serio los absurdos más ridículos, y toman á risa

dice Quatrefages oportunamente (*Ibid.* t. I, p. 8): «Es difícil que estas orgullosas declaraciones no impresionen á ciertos espíritus, sobre todo á los de la juventud. ¿Quién, pues, querría declararse roldado del error y de la decadencia? ¿Quién hay que no tenga la pretensión de amar la verdad, la razón y el progreso? Examinar hasta qué punto son fundadas las aserciones tan atrevidamente formuladas, sería demasiado largo. Se aceptan, pues, con confianza, y se coloca uno bajo la bandera en que brillan tantas palabras seductoras.»

«La ciencia anti cristiana, escribe el Dr. Jousset (*Evolution et transformisme*, página X), quizá no haya sido nunca más peligrosa que ahora.... La intolerancia que echa en cara á la Iglesia católica ha venido á ser su ley suprema. Impone sus teorías como dogmas, sus hipótesis como verdades incontestables, los delirios de su imaginación se convierten en artículos de fe.»

Véase sobre esto la obra titulada *La Cientificomanía*, Salamanca, 1895, de nuestro docto amigo y condiscipulo el Dr. D. Juan Domínguez Berrueta; y á J. d' Estienne, *Lug. cit.*, p. 78 y sig.

«Para formarse una idea, añade Quatrefages (*Ibid.* p. 7) de la intolerancia que los librepensadores llevan en sus pretensiones, bastará leer algunos de los escritos de Hæckel, como su artículo sobre Agassiz (*Les adversaires du transf.*; *Revue scient.*, 1876, p. 511) y su respuesta á Virchow (*Les Preuves du Transf.*).

Con respecto á Agassiz, añade (*Ibid.*, t. II, p. 56) «no se contenta con atacar al sabio y con negar el valor de casi todos sus trabajos ó atribuir á otros el mérito; la emprende con la misma persona y le llama *gran traidor*. Todos los hombres de ciencia y de corazón protestarán contra esos juicios y sobre todo contra esas palabras aplicadas á un sabio tan estimado por el atractivo y la elevación de su carácter como por su obra científica.»

Por lo que hace á Virchow, á cada paso le está echando en cara su ignorancia: «Virchow no sabe cuán ignorante es.... Virchow no sabe absolutamente nada...» Hæckel, *Les Preuves du Transf.*; *réponse á Virchow.*—¡Oh razón, oh cultura, oh civilización, oh progreso.... bestial!

(1) En este concepto se tienen, cuando se declaran hijos legítimos de ellas, porque, según todo derecho, *partus sequitur ventrem*.

las cosas más altas y serias; cómo tratan de sabio á cualquier atrevido ignorante, y de ignorante á cualquiera de las mayores lumbreras de la humanidad; nos bastaría eso y mucho menos para ver numerosas y lucidas muestras de lo que bien merece el nombre que lleva de *cultura del hombre bestial* (1).

En una de las obras ultra evolucionistas más leídas y releídas por los fieles prácticos del nuevo evangelio, que, á pesar de sus muchas ediciones agotadas por el vulgo fanático, mereció amargas y justísimas censuras de un transformista avanzado, aunque competente y serio, Ed. Perrier (2), podríamos encontrar á cada paso cuantas muestras deseáramos de esas faltas de buena lógica y de esa abundancia de apasionamiento sectario.

En dicha obra se empieza diciendo que es preciso ser ó antitransformistas ó transformistas avanzados: no cabe medio (3).—Pero es preciso seguir lo que dicte la razón; y si ésta se halla de parte de uno de esos sistemas, obraría neciamente el que se adhería al otro. ¿Qué confianza tendrá á la causa que defiende el transformista que cree que aun puede

(1) Ya acabamos de ver algunas muestras de la cultura de Hæckel, tales como sus valentonas contra Agassiz y Virchow.—V. Dr. Jousset, *Ob. cit.* página 111 y sig.

En Schmidt, los calificativos de *ignorancia grosera*, etc., se encuentran á cada paso, por no hablar ya de las burlas y menosprecios (V. *Descendances*, p. 1, 3, 5, 10, 67, 73, etc.) El mismo Agassiz no queda libre de esos calificativos y desprecios (*Ibid.* p. 67, 73). De Linneo se hace un hombre infeliz y cándido ó un personaje cómico (*Ibid.* p. 76, 74, 80). He aquí una pequeña muestra: «Para Linneo, el relato bíblico de la creación es indiscutible. Es un espectáculo cómico ver á algunos naturalistas jurar por ese dogma, después que se han rechazado todos los otros. La Biblia hablando de la creación de las especies, se ha hecho de esa leyenda la base de la ciencia.»

En cambio, á los incrédulos, á los sectarios conocidos desde antiguo por *epicúreos de grega*... los califica de *espíritus los más eminentes y limpios* (*Ibid.*, página 266), porque no creen haber nacido de Dios, sino de cualquier bruto, que bien pudo ser cualquier *Sáida*.

Esas muestras de *finura*, tan frecuentes en Hæckel y Schmidt, las imitan perfectamente casi todos los fieles seguidores del evangelio del *hombre bestia*, como se puede ver, por ej., en Kerville, *Ob. cit.*; en Dumont, *Hæckel et la théorie de l'évolution*; y sobre todo en Clemencia Royer, Prefacio á la trad. del *Origen de las especies*.

(2) V. *Revue scientifique*, núm. 1, Julio de 1875.

(3) Schmidt, *Descendance et Darwinisme*, Prefacio.

cualquiera libremente decidirse por la fijeza? (1) Por lo demás, eso es lo mismo que decir que dos proposiciones *contrarias* pueden ser ambas verdaderas, ó que por lo menos lo debe ser una de ellas. Si se pudiera demostrar la verdad de una, quedaba por el mismo hecho demostrada la falsedad de su contraria. Pero aquí no se ha podido probar la verdad de ninguna, y en cambio se ha demostrado la evidente falsedad de las dos. Los antitransformistas han logrado poner de relieve los absurdos del transformismo exagerado, y los transformistas á su vez han conseguido hacer otro tanto con la proposición *contraria*, es decir, con la fijeza. Siendo, pues, las dos falsas, resultan ser rigurosamente ciertas las *contradictorias* de ambas, y esas son precisamente las defendidas por el transformismo moderado. Se puede, pues, en una palabra, ser todo, menos lo que Schmidt asienta.

(1) Nos maravillamos mucho de que un escritor tan competente y, por regla general, tan sensato y tan buen crítico como I. Delage, en su famosa obra, *La Structure du protoplasma*, etc., escrita "con el objeto de prevenir los ánimos contra la seducción de ciertas teorías á la moda, más brillantes que sólidas," (p. 839), se haya dejado llevar también de su mal disimulado *horror al milagro*, hasta el extremo de incurrir en las mismas contradicciones que Schmidt, y expresarse (p. 184) de esta manera tan inconcebible y extraña: "Estoy plenamente convencido de que los naturalistas son ó no son transformistas (transformistas á *outrance*, quiere decir) *no por razones sacadas de la Historia natural*, sino por razón de las ideas filosóficas de cada uno. Si existiese otra hipótesis científica diferente de la teoría de la descendencia para explicar el origen de las especies, buen número de transformistas abandonarían su opinión actual como *insuficientemente demostrada*...—"Sin embargo, añade en seguida, yo tengo esa teoría de la descendencia por tan cierta, como si estuviese objetivamente demostrada, porque fuera de ella no hay otra hipótesis posible más que la de la generación espontánea de todas las especies, incluso las superiores, y la de su creación por cualquier suerte de poder divino. Estas dos hipótesis son tan *extracientíficas* la una como la otra, y no les haremos siquiera los honores de discutir las."

Semejante manera de argumentar la considera oportunamente el P. Fr. Zaccarias Martínez (*La Antropología Moderna*, p. 248, en la *Ciudad de Dios*, 20 de Febrero, 1896) como una *graciosa aplicación de la ley del embudo*.

Con razón escribe de tales transformistas el abate Farges (*La vie et l'evol.*, p. 256): "Son evolucionistas lo mismo que son anticlericales. El día en que se acabe de comprender que la hipótesis evolucionista, aunque esté probada, es incapaz de suprimir á Dios ó de arruinar la religión, y que es ya una máquina de guerra del todo inofensiva contra el *clericalismo*, ese día se calará el ciego apasionamiento por esas novedades atrevidas."

Algo más razonable nos parece el mismo Delage cuando añade (p. 185): "El

Añade luego, que, abrazado un sistema, se le debe seguir hasta sus últimas consecuencias; lo contrario lo cree pusilanimidad y *falta de lógica*!... ¡Y ya se necesita valor para abrazarlas! Porque esas consecuencias que él se empeña en deducir, basta mirarlas un poco para ver en ellas todo lo contrario de lo que enseña la lógica verdadera. Establece él, en efecto, algunos hechos que prueban algo en pró del transformismo moderado ó en contra de la fijeza, y otros que no prueban absolutamente nada; y con eso, dando por derruida la teoría creacionista, asienta como verdad inconcusa, no el sistema *contradictorio*, sino el *contrario*; no el transformismo moderado, que es el único que pueden probar mayor ó menor número de hechos particulares, sino el transformismo absoluto, á pesar de que nadie lo garantiza, y de que tiene tantos hechos en contra (1).

Y aquí entra lo más curioso. ¿Qué se hace con esos hechos, cuando son del todo evidentes, cuando ninguna persona sensata los puede poner en duda, cuando los admiten y reconocen, con el mismo Darwin, todos los transformistas cuerdos, por muy avanzados que sean?—Pues sencillamente:

problema de la descendencia no se refiere á su existencia, sino á la manera como ha podido ser realizada.; y también cuando más adelante (p. 286) afirma que "estamos autorizados para admitir esa teoría, aun cuando nos faltasen pruebas tomadas de la experiencia ó de la observación, desde el momento en que ni la observación ni la experiencia demuestren que es falsa...—Porque, aunque esto pueda parecer á algunos exagerado, la verdad es que, á falta de pruebas directas en pró y en contra, no podríamos atribuir á las especies otro origen que el de la evolución natural, pues no podríamos juzgar de ellas sino por analogía en vista del modo como se originan las razas."

(1) V. Id. *Ibid.*, donde reconoce que existen en ese sistema muchos *errores y lagunas*, pero á pesar de eso lo declara *cierto en todo*.

"Esta teoría, añade Strauss (*La antigua y la nueva fe*) *deja sin explicar insuficiencia* de cosas, no solamente extremos de importancia secundaria, sino verdaderos *puntos capitales y cardinales*... ¡Cuántos abismos hay todavía que llenar, cuántos viaductos que construir, cuántas montañas que horadar! Sin embargo, la dirección ya se ve!...

¿Cuál será esa dirección?—El mismo autor lo añadirá sin reparo: la que, apartándonos de Dios, nos permita vivir *gotosos*, ó lo que es lo mismo, á *ancha Castilla*, aunque tenga que ser cerrando los ojos para no temer los *abismos*!... "No hay elección más que entre el milagro, la mano creadora de Dios, y la teoría de Darwin... Por ésta es por donde se *debe marchar alegremente*...—Véase Vera, Strauss, *L'ancien et le nouveau foi*.

negarlos ó mirarlos con desprecio y declararlos absurdos y ridículos, por estar en oposición con las consecuencias de lo que él llama sistema (1).

Que está demostrado que no existe la generación espontánea.—Pues si no existe debe existir, ó por lo menos debió suceder una vez (2).—Que es imposible que suceda; pues el mismo materialista Tyndall reconoce (3) y demuestra con Pasteur, que de donde no hay vida no puede salir la vida; y todos los verdaderos sabios reconocen y confiesan con Darwin esa imposibilidad (4).—Pues no importa; hay que admitirla á todo trance; Pasteur, Tyndall, Darwin y todos los sabios habidos y por haber son muy infelices y cándidos: ¡Vamos

(1) Haeckel, como digno maestro, se muestra en todo aun más exagerado que Schmidt. He aquí cómo habla de él una persona tan poco sospechosa como su fiel discípulo y vulgarizador Dumont, (*Obra cit.* p. 40, 41): "Haeckel no retrocede ante ninguna de las consecuencias extremadas... Con razón se ha dicho de él que era más darwinista que el mismo Darwin. Llega, en efecto, hasta querer rellenar el abismo que separa el reino orgánico del inorgánico... Se ve obligado á entregarse á numerosas hipótesis, cuya exactitud es imposible negar, etcétera, etc... Sin embargo, Dumont declara que no se le debe reprender por eso, antes se le debe imitar y seguir fielmente, por ser esta la única ó la mejor manera de librarnos de los temibles dogmas y de todos los peligros del espiritualismo..." (*Ibid.* Prefacio, p. 10, etc.)

(2) Schmidt, *Ibid.* p. 140; Gadeau de Kerville, *Causeries sur le Transf.* p. 47, 55, etc.

*Que una vez se ha verificado una generación equívoca, añade Zöllner (*La Libertad de la ciencia*, etc. Berlín, 1877, p. 20) no puede negarse, sino obligando al entendimiento humano á desdecirse de la ley de causalidad..

(3) *No hay en la ciencia experimental, declara el mismo Tyndall (*Les Microbes organiques*) conclusión alguna más cierta que ésta..

(4) La Academia de Ciencias de París pronunció con pleno conocimiento de causa este veredicto: "Los hechos observados por Pasteur y combatidos por Pouchet, Joly y Musset, son de la más completa exactitud.."

Véase al Emmo. Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. I. p. 437 y siguientes.

Sentimos, sin embargo, no poder estar en este punto del todo conformes con el eminente purpurado, cuyo amplio criterio le condujo á veces á ser, en nuestro humilde sentir, demasiado condescendiente con los adversarios. Si tiene razón para decir, (p. 460) que, aunque fuera cierta la generación espontánea, en los organismos inferiores, no se seguiría nada en contra del relato bíblico, puesto que los antiguos Padres, exégetas y teólogos la admitieron sin ver en ella ningún peligro; no la tiene, á nuestro modo de ver, cuando afirma (p. 458, 459) que las experiencias de Pasteur, etc., no prueban la imposibilidad de la generación es

á negar ahora la generación espontánea, para tener que admitir la necesidad de un Creador? (1) ¿Qué conseguimos

ponánea, y que, aun cuando ésta fuera hoy del todo imposible, pudo ó podrá ser posible en otros tiempos y en condiciones diversas de las de ahora. Porque si es cierto que las demostraciones fundadas en la inducción no producen de suyo certeza absoluta, mientras no se examinen todos los casos posibles, también lo es que la mencionada demostración de Pasteur, de Tyndall, etc. está hecha con tanta escrupulosidad, precisión y delicadeza, y es por lo mismo tan indudable, tan concluyente, como las mejores que se han podido dar hasta ahora en la Física, en la Química y en toda suerte de ciencias naturales; y que, por lo tanto, para poner en duda esa demostración, había que empezar por dudar de todas las otras, por echar de una vez por tierra todas las verdades físicas, desesperando para siempre de poder tener en ellas verdadera certeza; puesto que, como el mismo Tyndall, á pesar de su refinado materialismo, se vio precisado á confesar, y como reconocen y confiesan á una casi todos los sabios que no tienen *excepcio* interés en negarlo: *no hay en la ciencia experimental conclusión alguna más cierta que ésta*. Si, pues, hay verdades indudables en la ciencia experimental, la primera de ellas ó una de las primeras, es la imposibilidad de la generación espontánea. Por otra parte, aunque la demostración experimental fuera, por su naturaleza, incapaz de producir certeza absoluta, no sucedería así con la demostración racional, que nos permite ver con entera evidencia que de donde no hay vida no puede salir la vida, con mucha más razón aún que, de donde no hay fuerzas ó energías puramente físicas, no pueden salir esas fuerzas ó energías. Y si nadie se atreve á poner en duda esta última verdad, menos se podrá dudar de la otra, que es mucho más evidente; por ser la energía vital incomparablemente superior á las físicas.—V. Guibert, *Obra cit.*, p. 33, sig. y 66.

No vacilemos, pues, en repetir con el Marqués de Nadaillac: "Sea cual fuere el nuevo poder que la ciencia llegue á dar al hombre, no podemos admitir que por medio de combinaciones físicas, químicas ó mecánicas llegue á producir la vida. El día en que eso sucediera, el hombre sería igual al Creador.. Nadaillac, *L'Évolution et le Dogme*, en la *Rev. des quest. scient.* Julio, 1896 página 232.

Así, nada extraño es que el ilustre sabio dominico se creyera poco después obligado á modificar ó explicar esas opiniones, como efectivamente lo hizo, llevado de su sincero amor á la verdad, en una carta publicada en *La Ciudad de Dios*, 1891, vol. XXV, p. 504, diciendo que no se trata allí de la generación espontánea propiamente dicha, sino de otra imperfecta y relativa, en conformidad con los textos aducidos (*Ob. cit.* p. 462 y sig.) de San Agustín y Sto. Tomás, que suponen que Dios depositó en la tierra los gérmenes ó semillas de los organismos inferiores con las condiciones necesarias para desarrollarse.

(1) *A pesar de las hermosas y convincentes experiencias de Pasteur, escribe Guibert (*Les Origines*, p. 66) la nueva escuela enseñó, como un dogma indispensable, el origen espontáneo de la vida; porque Dios debía ser excluido en toda la línea, así en los principios de la vida como en sus diversas manifestaciones..

Sabiendo es que Darwin termina el *Origen de las Especies*, diciendo que "es

con desterrarle de todas partes, si por fin tenemos que resignarnos á reconocerlo en una sola?—Es que nadie ha tenido

una teoría verdaderamente grandiosa el considerar la vida como un regalo del Creador.—El intrépido Schmidt (*Otra cit.*, p. 139) se indigna al oír estas palabras, que tiene por inconsecuentes, y no duda en decir con Zöllner (*Liber die Natur der Kometen*, 1.^a ed. p. 305) «La hipótesis de un acto creador para el principio de la vida, no es más que una limitación ilógica y arbitraria de la serie de las causas; subleva nuestra inteligencia, no satisfaciendo su aspiración natural á la causalidad. Quien no sienta esa aspiración, debe ser abandonado, porque no será convencido. Sería romper con toda la teoría del conocimiento, el atribuir el principio de la vida á un acto de creación arbitrario, realizado en medio de un desarrollo no interrumpido.»

Véanse otras ridículas analogías ó mayores, en Clemencia Royer, Prefacio á la trad. del *Origen de las especies*.

«El afán de librarse de Dios, escribe el P. Pesch (*Arcanos*, t. II, p. 160) le traza á Hæckel la norma á que ajusta sus proposiciones científico-naturales, como él mismo lo confiesa con poco disimulo.—Y en efecto, en la Conferencia, XVI dice: «Si desecháis la hipótesis de la generación equívoca, os vais obligados á admitir un acto sobrenatural de creación... Mas primero que resolvemos á profesar semejante fe en milagros, conviene sin duda admitir la hipótesis de la generación equívoca.»

Pero, como dice Dullié (*Apología científica*, p. 191): «Este paso de la muerte á la vida, de lo inorgánico á lo orgánico, en nuestro globo, tiene grande importancia científica y doctrinal. Es el tormento del materialismo. Hubiera sido tan sencillo afirmar la eternidad de la vida, como se afirma la de la materia, la de la fuerza y del movimiento; tropezar con una demostración racional, con una evidencia metafísica, es cosa corriente; ya no se cree en la metafísica; pero no tener en cuenta un hecho de observación sensible, innegable, esto repugna por ahora. La dificultad es, pues, grave.»

«La generación espontánea, añade el mismo apologista (*Ibid.*, p. 205) ha sido condenada por la ciencia y abandonada aun por aquellos que más interés tenían en defenderla... Para rehabilitar su indispensable postulado, Hæckel crea, no una ciencia nueva, sino una fraseología nueva. Adorna sus hipótesis singularmente atrevidas, con grandes palabras derivadas del griego; es una interminable serie de neologismos, de apariencia alegre y triunfante, que trae á la memoria la avalancha macarrónica del médico de Molière. La fórmula antigua y desacreditada, la reemplaza con otras de significación bien diferente: la generación espontánea se convierte en la *arquigonía autogónica*; la *autogonía* la completa con la *plasmagónia*. Estas palabras, de una sonoridad científica que impone, parece que revelan una concepción científica fecunda, una fuerza desconocida hasta el día, y además se les pide tan poca cosa, la simple formación de una *mónera* (¿Quién se atreverá á negar que la *arquigonía autogónica* puede engendrar una *mónera*?—Véase sobre esto al Rmo. P. Vigil, *La Creación*, etc., t. I, pág. 117 y sig.; al Dr. Berrueta, *La Cientificomanía*, cap. 2.^o y 3.^o; á E. Chesnel, *La Deuté Suprême*, Paris, 1892, p. 67 y sig.; á J. Guibert, *Ob. cit.*, p. 25 y sig.

poder para desterrarlo de ninguna (1). Él es el Autor de todas las cosas; pues no se dá efecto sin causa, y todo el Universo

(1) *Si se quiere presentar el principio de la vida como un acto incomprendible, es para establecer un precedente... La hipótesis de la aparición de la vida por vía natural, es una necesidad lógica... No es posible pasar adelante sin negar en absoluto el milagro de la Creación... Schmidt, *Luz. cit.*, p. 138, 140, 68.—Esta es la eterna canción de Hæckel: «La generación espontánea es una hipótesis necesaria... Si se la rechaza es preciso recurrir al milagro... Es la hipótesis exigida por la necesidad de causalidad inherente á la razón (ó la pasión) humana. (Hæckel, *Histoire de la création*, p. 252, 253; *Anthropogenie*, p. 321 y sig).—El mismo lenguaje ó peor usa Kerville (*Couserías*, p. 47, 48, 332).—«¿Cuál es la prueba de estas aseveraciones tan contrarias á la razón y á la experiencia? pregunta Vigouroux (*Les Livres saints*, 3.^a ed., t. III, p. 379). No hay más que una, una sola y del todo negativa, y por lo mismo sin valor, pero sin embargo, decisiva á los ojos de los monistas; y esa es que no se puede eludir la necesidad de creer en la creación *ex nihilo* y por consiguiente en la existencia de Dios y de lo sobrenatural, si no es aceptando la eternidad de la materia y la generación espontánea. No se puede, pues, vacilar; por temor de lo sobrenatural es preciso admitirlo todo á ojos cerrados. ¡Pobre razón humana! ¡Cuán débil es cuando el orgullo la ciega!»

Y en efecto, el mismo Hæckel se encargará de poner esto bien claro haciendo ver que fuera del monismo (*Hist. de la créat.*, p. 7, 27, 28), «no queda más que la hipótesis anticientífica ó irracional del milagro, de una creación sobrenatural...—Evolución natural, añade (*Preuves du transf.*, p. 16), ó creación sobrenatural de las especies, es preciso escoger.»

La misma canción repite su aventajado discípulo Soury, en el prefacio que puso á la traducción de la última obra citada (p. XI): «No hay, en efecto, otra alternativa para explicar el origen de la vida. El que no cree en la generación espontánea, ó mejor en la evolución secular de la materia inorgánica, admite el milagro...—Por qué tendrán tanto miedo al milagro esos honorables hijos del mono? Sin duda les escuece mucho, cuando prefieren pasar por todo antes que por él, cuando están resueltos á negarlo á toda costa, aunque para eso hayan de incurrir en cualquier absurdo y ponerse en lucha con la evidencia y con todas las razones posibles. Lo que importa es negar el milagro, eso es una necesidad lógica, es decir, *antigodida*, contra la cual no hay razón que valga. Y si no, oígame como prosigue Soury: «Esta es una hipótesis necesaria, que no pueden destruir ni los argumentos *a priori*, ni las experiencias de laboratorio...—Es decir, como añade oportunamente Dullié (*Apología científica*, p. 214) que es superior á la evidencia misma, á la razón filosófica y á la ciencia positiva.»

Vaya que el traductor Soury es discípulo aprovechado, digno de figurar en primera línea, por su lógica y sus razones, en la galería de los *hombres-bestias*. Por cierto que no desmiente al maestro, quien afirma (Hæckel, *Hist. de la créat.*, página 6, 7). «La materia es eterna é indestructible, porque jamás se ha podido demostrar experimentalmente la aparición ó el aniquilamiento de la más pequeña partícula de materia.»

Pero ¡oh hijos orgullosos del fantástico *Anthropopithecul*!... ¿Quién os metió

le reconoce á Él como Causa Primera. Él creó toda la materia, Él la comunicó toda la energía, Él dictó las sapientísimas leyes que rigen á la Naturaleza (1). Él creó los primeros tipos vivientes, las primeras vidas de los dos reinos; Él creó todos los otros tipos que la Geología nos muestra como formados de repente, sin poderse derivar por evolución espontánea de los que les precedieron; Él creó al hombre, y le dotó de esa inteligencia inmortal, poco menos que infinita y que

en esas honduras con esa razón que tenéis, regalo de algún mono viejo ó producto de la generación espontánea? ¿Por ventura se ha demostrado experimentalmente esa generación espontánea que admitís á piés juntillas? ¿Por ventura no estáis resueltos á admitirla, aunque *a posteriori* y *a priori* se demuestre que es absurda? ¿Por ventura no la desmentéis á una voz la razón y la experiencia, y sin embargo la admitís impertérritos, precisamente porque es una tontería de tantas como se os antojan? Pues entonces, para qué inventáis otras razones, cuando el horror al milagro y vuestra necesidad lógica os bastan y sobran! Por el horror al milagro, negáis la creación de la materia, aun cuando digáis que es porque *no se ha demostrado experimentalmente*; y por el horror al milagro, admitís la generación espontánea, aunque *experimentalmente no se ha demostrado* ella, sino su falsedad completa.

Y si no, ahí está Virchow que, con ese candor con que se llama á sí mismo *sabio*, confesará la verdad. En el discurso pronunciado en Munich en 1877 (Véase *Revue scientifique*, 8, Diciembre, 1877) se expresa así: "Es verdad que no se conoce ningún hecho positivo que venga á demostrar que se haya verificado jamás una generación equívoca, de modo que una masa inorgánica, aunque sea la misma *Sociedad Carbono y Campaña*, se desarrollase espontáneamente hasta llegar á constituir materia organizada. No obstante, concedo que si queremos formarnos una idea del modo cómo el primer viviente pudo originarse *de por sí*, no hay más remedio que recurrir á la generación equívoca. Esto es, si no quiero admitir ninguna teoría de creación, si *no quiero creer* que ha habido un Creador especial que tomase la gheba y le inspirase el aliento de la vida; si quiero cantar á mi modo, debo hacerlo en el sentido de la generación equívoca. *Tertium non datur*, no hay otra salida una vez que digo: No admito la creación, pero deseo tener una explicación. Si ésta es la primera tesis, es fuerza pasar adelante de buena ó de mala gana, y pronunciar la segunda: *ergo* admito la generación espontánea. Pero no tenemos de ella ninguna prueba. Nadie ha visto jamás verificarse una generación equívoca; y todo aquel que pretendió haberla visto, ha sido desmentido, *no por los teólogos, sino por los naturalistas*... Es preciso optar entre la generación espontánea y la creación; hablando francamente, nosotros *los sabios* (los materialistas) tenemos algún tantito de preferencia por la generación equívoca. ¡Ah! si se presentará una demostración *cuálquiera*... Mas pienso que nos sobrará tiempo para esperarla... con el *Bathylbius* ha desaparecido una vez más la esperanza de una demostración."

(1) V. Chesnel, *Ob. cit.*, p. 58 y sig.

dista infinitamente de cuanto hay en las bestias; Él, por fin, aparece en todas partes, gobernando todas las cosas con su sabia providencia.

Pues á esto no hay por qué responder con razones, cuya deficiencia saltaría pronto á la vista; es mejor una sonrisa, aunque pueda parecer insensata ó algo más.—¿Qué falta hace la Providencia? (1). El *Azar* es el gran ordenador (2); lo ordena todo, lo ordena siempre y lo ordena bien. ¿Qué importa que *todas* las cosas del Universo estén *perfectamente* ordenadas? Lo están por *casualidad*. La casualidad ha hecho que precisamente el mayor de los efectos apareciera sin otra causa más que ella: por la simple casualidad apareció la materia, apareció la energía, apareció la vida, aparecieron toda suerte de tipos vivientes, estén ó no relacionados con los que les precedieron; y por casualidad apareció también el mismo hombre con la inteligencia de que tanto se gloria.—Es que la *casualidad* es una palabra vacía que no explica nada, ó que explica un absurdo y nada más. Casualidad es que varias causas inconexas ó desordenadas acierten á concurrir á producir un efecto ordenado. Esa casualidad aparece según el cálculo de las probabilidades; cuanto más ordenado y complicado es el efecto, tanto más raro, tanto más difícil é imposible es que se muestre por casualidad. Gran casualidad sería que, tirando al aire los caracteres de imprenta que componen una página, acertaran á caer ordenados dé tal manera que sirvieran para imprimirla. La probabilidad de que eso sucediera sería mucho menor que la expresada por uno contra toda la serie de cifras que un hombre pudiera escribir en toda su vida (3). Mayor casualidad sería que resultaran formadas todas las páginas de un libro; é incomparablemente mayor sería la casualidad de que, aun suponiendo ciertas causas capaces de producir algún orden en el Universo, dirigidas por una inteligencia, acertaran á producirlo sin que nadie las ordenara.

(1) Haeckel, *Preuves du transformisme*, p. XXIV y sig.; Schmidt, *Iug. cit.*, p. 170.

(2) Haeckel *passim*; V. Hartmann, *Obra cit.*, p. 151.

(3) V. Pesch, *Arcanos*, t. I, p. 370 y sig.; t. II, p. 274, 280; P. Janet, *El Materialismo*, versión española, p. 165.

Ahora, faltando las causas que deben ordenarse, ya no hay casualidad que valga, ya no pueden ordenarse ni producir ningún efecto, ni aun siquiera por casualidad.—Pues que haya efectos sin causa (1), que la materia sea eterna, que las causas naturales sean eternas (2); ante todo la ciencia debe bastarse á sí misma, debe explicar la Naturaleza por sí misma, sin recurrir á una causa extraña y misteriosa, con la cual no nos conviene contar; debe contentarse con una explicación cualquiera, antes que declararse impotente, reconociendo un misterio y admitiendo implícitamente la existencia de un Dios que nos pueda pedir cuentas y que, por lo mismo, está ya para siempre desterrado de la nueva ciencia, es decir, de la *ciencia del hombre bestial* (3).—Pero los efectos

(1) Heckel, *Discours à l' Assoc. des nat. allem en la Revue scientifique*, 2, Diciembre, 1882.

(2) Du Bois-Reymond coloca el origen del movimiento entre sus siete enigmas del mundo, y confiesa llanamente (*Die sieben Welträthsel, Deutsche Rundschau*, Stbre., 1881, p. 358): "Desde el momento en que no nos conviene admitir un origen sobrenatural para el movimiento, no nos queda ningún modo de explicar el primer movimiento de la materia. Podemos sin duda representárnosla como en movimiento desde toda la eternidad, mas por el mismo hecho renunciamos á darnos razón del fenómeno."

Y por lo que hace á la eternidad de la materia, he aquí como se expresa en otro lugar (*Les bornes de la philos. nat., Revue scientifique*, 10 de Octubre, 1874, página 339): "La concepción según la cual el universo está compuesto de menudas particillas que subsistieron desde la eternidad y subsistirán para siempre, y cuyo movimiento todo es engendrado por las fuerzas centrales, no es otra cosa más que un simulacro de explicación."

En cuanto al origen espontáneo del movimiento, véase la explicación ridícula de Renán (*Dialogues philosophiques*, p. 52) que, por lo absurda que es, vale más que la mejor refutación.

(3) Véase sobre todo esto, al Dr. Domínguez Berrueta, *La Cientificomanía*; J. d' Estienne, *lug. cit.*, p. 108.

"En el estado de perturbación de la sociedad moderna, escribe Nadailac (*L' Origine et le developp. de la vie*, p. 59), en medio del desorden de ideas de que somos tristes testigos, la ciencia se ha vuelto más dogmática, más imperiosa de lo que pudo serlo jamás la religión. Cuenta por millares los adeptos que hablan con énfasis de la ciencia moderna, muchas veces sin conocer de ella ni la primer palabra. Me equivoco; se les ha enseñado que la ciencia moderna era la negación de la creación, la negación del Creador. Dios es del antiguo régimen la idea de su justicia pesa sobre nuestras conciencias enervadas. Se acepta sin reflexión, se aplaude sin reserva todo aquello que aparenta permitirnos mirar su acción como una hipótesis sin pruebas."

"Es indigno de la ciencia pensar en Dios, hacer referencia á Dios, Con

sin causa son el mayor absurdo que puede haber en cabeza humana; la *eternidad de la materia* es un concepto antitético, que repugna, y que sólo puede ocurrírsele á quien no tenga la menor idea de lo que es *eternidad* ni de lo que es *materia*; pues decir que tiene de sí mismo el sér lo que es contingente y está sujeto á mudanzas, es verdadera locura (1).

Y que esa casualidad del orden se repita siempre, sin que jamás se muestre una de las infinitas casualidades ó probabilidades en contra, esa sí que es una casualidad muy extraña, que mejor debiera llamarse la *Causalidad absoluta* ó la *Causa* por esencia. Esa *Causalidad* que obra tales maravillas, que hace lo que el hombre no podría jamás hacer ni aun siquiera explicar con toda su inteligencia (2); que determina en las causas segundas un orden *infinitamente* mejor del que acertaran á establecer todas las inteligencias humanas; esa *Causalidad* es un ente demasiado sabio y poderoso para que, aun cuando lleve un nombre cualquiera, no nos obligue á reconocerle por todo un Dios personal. Esa *Causalidad* tan ordenadora, que ordena aún sin haber causas que ordenar, que ordena hasta la aparición de las mismas causas cuyos efectos quiere ordenar, como ordenadora es inteligencia infinitamente superior á la del hombre, y como creadora es verdadera Omnipotencia. Y si la privilegiada inteligencia humana vino de esa gran *Causalidad* misteriosa, estamos

apoteles por este estilo (escribe el P. Pesch *Ob. cit.*, t. II, p. 167) se proclama el dogma que la moderna ciencia sostiene, no porque tenga pruebas con que abonarlo, sino *porque sí*. Esto no es ciencia, sino rebeldía infernal, contumacia que recuerda la del primero que no quiso reconocer la supremacía del Criador; y si es que hay equivalencia ética como la hay física, si significan algo los nombres de verdad y justicia, es seguro que este fariseísmo con su repugnante vanidad científica, cuyos sacerdotes despreciables terminan su carrera temporal en el hoyo, revivirá en otra parte, pero en la forma que de derecho le corresponde..

(1) V. Duilhé, *Apología*, cap. IX, § II; Pesch, *Arcaicos*, t. II, p. 139 y siguientes, 325 y sig. "La aparición de la substancia en general, en un momento dado, escribe A. Hirn, *Constitution del Pesque celeste*, p. 37, ha sido un hecho primordial necesario. Que lo entendamos ó dejemos de entenderlo, esto no quita ni pone nada. La aserción solemne de la ciencia moderna—de que los elementos del mundo han comenzado á existir, y que de ese momento data la formación gradual de los mundos—permanece en pie, inatacable."

(2) Hartmann, *Darwinismo*, p. 153.

obligados á reconocerle el beneficio y darle continuas gracias por tan señalado favor, no sea que con suma justicia nos prive de ella ó nos la pervierta, condenándonos al réprobo sentido, como han sido y son condenados muchos, según una triste experiencia lo atestigüa.—Por otra parte, cualquier transformista que se precie de sensato, por muy avanzado que sea, se ve en la precisión de reconocer que no hay razones para probar verdadero parentesco entre el hombre y la bestia (1); que, según las mismas leyes del transformismo, el hombre aparece como aislado en la naturaleza, sin que haya los necesarios lazos de unión que debían ligarle con los otros animales, ni la menor esperanza de llenar el abismo, que de ellos lo separa (2). Y los antitransformistas prueban con evidencia ese aislamiento absoluto del hombre, demostrando rigurosamente que tuvo que provenir por una creación especial.—Del mismo modo, en cuanto á los otros animales y

(1) V. *Infra*, lib. 8.º, donde se podrán hallar numerosas confesiones terminantes de muchos materialistas de los más caracterizados.

(2) "No se dan por satisfechos con este resultado negativo (escribe el padre Pesch (*Arcanos*, t. II, p. 227), los defensores de la descendencia animal del hombre. Lo que piensan acerca de esta teoría lo expresó en el Congreso de naturalistas celebrado en Cassel el catedrático Eby con las frases siguientes:—'El espacio que separa al hombre del animal sigue abierto, y el que no quiera someterse á conclusiones lógicas, sino solamente al poder de hechos positivos en esta cuestión del origen del hombre, repose por ahora tranquilo y arríllese con la esperanza de que tan pronto no se conseguirá presentar hechos de esta clase. Mas el investigador científico no tiene esa libertad. Ya ahora no puede escoger sino entre renunciar á las últimas consecuencias del discurso lógico, y admitir la continuidad del mundo de los animales y hombres, reconociendo que en algún tiempo y en algún lugar deben de haber existido formas intermedias..

"(Conque la ciencia natural se declara inhábil ante el problema en cuestión por la parte que á ella le había tocado resolver, pero, con todo, los mismos naturalistas creen que el discurso lógico hace constar como verdad lógica que el hombre descende del animal.—Nosotros conocemos esas últimas consecuencias del discurso lógico. Si el hombre no proviene de la bestia con cuerpo y alma, con la inteligencia y la voluntad, con moral y religión, es forzoso recurrir á una causa supramundana para explicar el origen del hombre, lo cual repugna al discurso lógico de aquellos sabios, cuya lógica antepone á todas sus tesis el axioma dogmático de que para explicar la naturaleza es indispensable *prexindir de Dios*. Esta es la razón por qué se basa toda la explicación del hombre en el animal; no se quiere hallarla en una causa más elevada. El hombre, esa misera oruga terrestre de cinco piés de largo, yérguese y ahúecase, y discurre una lógica, según la cual no debe haber Dios. En un libro antiguo está escrito que esa

aun en cuanto á los vegetales, si no pueden probar ni probarán nunca que todas las especies son independientes; prueban, sí, que lo son algunos tipos. Demuestran en todo rigor, que hay grandes lagunas dentro de las dos escalas: que hay seres que ni en el tiempo ni en el espacio se relacionaron jamás con los que les precedieron ó sucedieron, y que, por lo mismo, tuvieron que ser creados con cierta independencia de ellos, sin poder permitirse, por lo tanto, esa evolución continua y no interrumpida, que defiende el ultraevolucionismo. Y todo esto es tan evidente, que los mismos transformistas sinceros lo reconocen de buen grado, admitiendo la existencia de esas lagunas, de esos tipos independientes, y, confesando que ni hay ni se podrán hallar jamás razones suficientes para establecer ni aun siquiera cohesión un transformismo absoluto, ni menos para responder á los argumentos en contra.

Pues nada de esto contiene á un transformista *d'outrance*.—La justicia (en el sentido genuino, según la práctica bestial) es sólo la ley del más fuerte. Mientras las bestias no ven á uno más poderoso, se creen con derecho á hacer cuanto se les antoja. Y así se debe conducir su ilustre vástago, el verdadero *hombre-bestia* (1). Lo que de ahí le podrá resultar no lo sabe, ni tiene ganas de saberlo (2).

Por lo demás, enseña el nuevo evangelio, si no admitimos la fijeza, debemos admitir el transformismo con todas sus consecuencias. La fijeza es falsa, ó por lo menos, *inconveniente*, porque necesita recurrir á un Creador: luego sólo el transformismo es verdadero y, por lo menos, legítimo, pues puede librarnos de reconocer á nadie por encima de nosotros. Es evidente que *algún* transformismo es verdadero:

lógica radica, no en el entendimiento, sino en el corazón. También el corazón tiene sus razones, y á veces las tiene muy poderosas.

Y en efecto, en ese libro se lee bien claro: "Dixit insipienti in corde suo: Non est Deus.. Y se dan luego las poderosas razones que mueven á esta afirmación: "Corrupti sunt, et abominabiles facti sunt in studiis suis: non est qui faciat bonum.. *Palmo XIII*, v. 1, 2; XXXV, 2, 3, 4, 5.—V. Berrueta, *Ob. cit.* passim.

(1) V. Pesch, *Arcanos*, t. II, p. 294 y sig.

(2) "Animalis homo non percipit ea que sunt Spiritus Dei; stultitia enim est illi, et non potest intelligere.. *I. Cor. II. 14*. Véanse las interesantes confesiones que se le escapan á R. Coulón en su fanática *Synthèse de Transf.* p. 167.

luego *todo* transformismo es verdadero. No admitir esta consecuencia *tan lógica* del sistema, es simpleza ó imbecilidad. Decidirse por este sistema tan ventajoso, y no decidirse en todo, y detenerse á lo mejor en el camino, es falta de resolución ó sobra de cobardía; es indigno de todo hombre de *ciencia*. O somos transformistas ó no lo somos; si lo somos, es preciso ser *consecuentes* en todo; en *todo* debemos ser transformistas, sin detenernos en consecuencias por atrevidas que parezcan; si rechazamos una sola, debemos renegar del transformismo y volvernos á las *cándidas* teorías de la fijeza y del Dios personal. Si desechamos precisamente las teorías que más nos importan; ¿para qué queremos el sistema? ¿De qué nos serviría haber renegado de la tradición, para mostrarnos cobardes, temiendo por fin que volver á la creación, al misterio, á un *Sér* sobrenatural? (1) ¿No es el principal y el verdadero mérito del transformismo, el habernos libertado de esas preocupaciones antiguas, el habernos declarado libres y señores del Universo, encumbrados á la sublime dignidad de *animales* vertebrados, para ser entre ellos los más nobles y excelentes es decir, los *mayores animales*? (2).

Vergonzoso es detenerse á refutar éstas ú otras declamaciones análogas, por desgracia, tan frecuentes en los que, hallándose en el colmo del honor, no quisieron entender; se

(1) Una revista que, como decía el abate Hamard, no tiene costumbre de defender la ortodoxia, es decir, la *Revue scientifique*, se expresaba así en el número del 22 de Mayo de 1886: "Se debe juzgar de otra manera que las personas que no conocen ó no comprenden bien la teoría transformista, y que se fijan más en las consecuencias *ilógicas* y *exageradas* que de ella deducen ciertos adeptos *imprudentes* ó *irreflexivos*, que en la misma exposición que dió Darwin de su manera de ver: El darwinismo *no excluye una causa primera*, llámesele con el nombre que se quiera; antes muy al contrario, *la exige imperiosamente*."

Hexley se expresa repetidas veces de una manera análoga. V. *L'Évol. et l'origine des espèces*, p. 337 y sig.; *Problèmes de Géol.* p. 110 y sig.

(2) Ed. Claparède (*Darwin et sa théorie*, etc. en la *Revue germanique*, 1861, tomo 17, p. 259), y con él Hæckel, Vogt, (*Leçons sur l'homme*, p. 628), Broca, Kerville (*Op. cit.* p. 366), y alguno que otro *enfant terrible del mono*, no se avergüenzan de decir expresamente que: "Prefieren ser un *mono perfeccionado* más bien que un *Adán degenerado*".—Pero si el Adán degenerado se puede llamar *menos hombre* ó *menos Adán*, el mono perfeccionado será indudablemente *más mono* ó *más animal*.

compararon á las bestias, y se les hicieron semejantes (1). Con saber de quienes son, quedan bien refutadas: exponerlas á la pública ignominia, es hacerles sobrado favor. ¿Cuáles son los principios ó *motivos*, y cuáles las conclusiones en esta lógica tan nueva y tan digna de nombre que lleva? Los principios no son ya verdades evidentes, sino deseos vehementes; y las conclusiones no son la verdad especulativa, derivada de los principios ciertos; sino la práctica verdad de la realización del deseo; no son, en una palabra, las que debían deducirse en la lógica de Aristóteles, sino las que pudieran deducirse en la de un animal cualquiera.

Sin embargo, esas razones son ya muchos los que las entienden y las repiten á coro, cada día; porque la lógica de conveniencia está ahora en su apogeo: al menos el *vulgo sabio* ni estudia ni practica otra. Y como esa lógica y esa ciencia y esa razón nuevas cunden tanto y parecen tan contagiosas, y, lo que es peor, pasan á veces por las antiguas, quisimos hacer constar que no son ellas, sino otras del todo diversas y propias, no del viejo hombre racional, sino del nuevo, bestial; para que así puedan siquiera ser conocidas, distinguidas y desechadas por toda cabeza sana, que no quiera trastornarse, y prefiera aún lo racional á lo bestial.

(1) *Fal.* 48, v. 21. "Quieren á toda costa, exclamaba ya Bosquet (*Connaissance de Dieu*, ch. V.), que los animales racionen... Se tendrían por más tranquilos y dichosos, si fueran como las bestias... Parece que quieren elevar los animales hasta si mismos, á fin de tener derecho á bajarse hasta los animales y poder vivir como ellos... Diviértese y juega el hombre defendiendo contra si mismo la causa de las bestias. Y ese juego sería tolerable, si en él no entraran demasiadas cosas serias; pero, como hemos dicho, el hombre busca en esos juegos excusas para sus deseos sensuales, y se parece á uno que, siendo de origen noble y teniendo poco valor, no quiere acordarse de su dignidad, para no verse obligado á vivir en los ejercicios que ella demanda. Esto es lo que hizo á David decir: "El hombre, estando en honor, no lo conoció; se comparó con los necios animales y se hizo semejante á ellos."